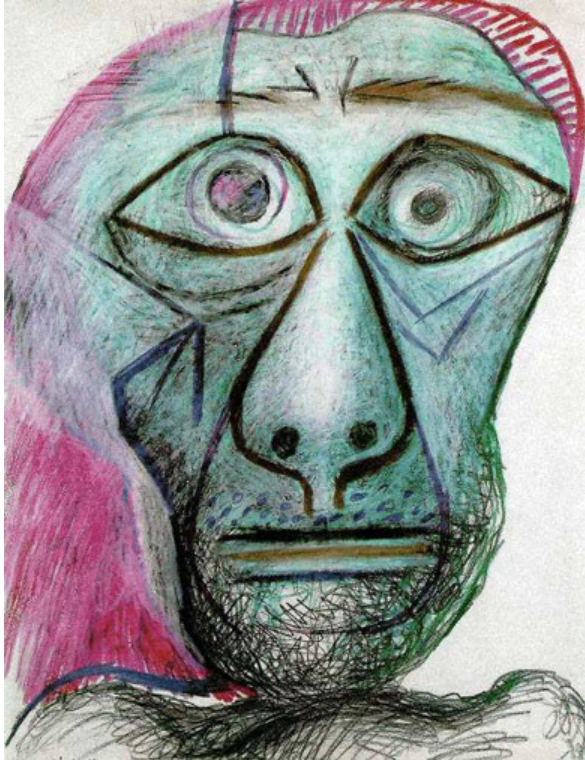


LOS SELFIES Y EL MERCADO DEL ARTE

Antonia Miguel Fernández



Picasso pintó múltiples autorretratos a lo largo de su extensa carrera pictórica, sin embargo, ninguno tan atrayente como este último, realizado en 1972, pocos meses antes de morir. Una visión superficial del mismo nos sitúa ante un anciano con algunos rasgos simiescos y deteriorado por la edad, que ve cercana la hora de su muerte y que a pesar de ello sigue conservando la misma mirada penetrante que refleja en sus obras más tempranas. Una representación honesta de su persona, pero en ningún caso humilde.

Autorretrato. Picasso. 30 de junio de 1972. Colección particular, Tokio.

La compañía The Oxford Dictionaries, editora de prestigiosos diccionarios en inglés, estableció en 2013 que la palabra del año había sido selfie¹, es decir, autorretrato. Y es precisamente esta moda surgida de los nuevos avances tecnológicos aplicados a los teléfonos móviles, la que nos mueve a enfrentarnos a la obra del genio en particular y, a los autorretratos pictóricos en general, desde nuevas perspectivas. Partimos de un hecho incontestable, la necesidad actual de publicar en las redes sociales múltiples auto-instantáneas que reflejen nuestro día a día, necesidad que, en algunos casos, se convierte en auténtica obsesión por exponer una realidad, la mayor de las veces banal y ordinaria, y que no en pocos casos produce accidentes inútiles, que incluso acaban con la vida del propio autor.

¹ <http://www.lavanguardia.com/vida/20140905/54415684592/selfiemanía.html> (Consultado 16/10/2015)

Sin entrar en disquisiciones acerca del concepto de autorretrato, podemos afirmar que, desde el siglo XIV, son excepción los pintores que no se autorretratan en algún momento de su vida, si bien para la realización de los denominados selfies sólo se necesita la posesión de un artilugio que técnicamente lo permita.

El Museo Mauritshuis de La Haya ha aprovechado la actualidad del fenómeno para la realización de una exposición temporal, que permanecerá hasta el próximo 3 de enero, cuya denominación *Retratos holandeses - Selfies del Siglo de Oro* ya nos pone en antecedentes. En ella pueden contemplarse 27 autorretratos de diversos pintores del siglo XVII holandés, obras que en la época eran la tarjeta de presentación del artista.

Muy hábilmente, desde el punto de vista museográfico, se han dispuesto espejos a lo largo del recorrido expositivo y, al reflejarse en los mismos, el espectador se enfrenta a su propia imagen, del mismo modo que lo hace a la mirada del artista. Aunque de la página web del museo parece deducirse que los espejos se encuentran situados en las paredes, más o menos próximos a los cuadros, ello me ha llevado a reflexionar acerca de las diversas interpretaciones y conexiones que pueden surgir en función del lugar en que los mismos se ubiquen, de frente o junto a las distintas obras, e incluso si lo hacen en ambos lugares.

La aplicación de este recurso a la obra picassiana y el gusto actual por los selfies nos lleva a mirar con nuevos ojos su autorretrato porque nos coloca en una situación similar a la del artista en el momento de su creación, si bien, voy a atender únicamente al caso en el que el espejo se encuentre situado junto a la obra. En él se refleja la imagen del espectador y, éste fotografía la escena. El selfie nos retrotrae a un momento alejado en el tiempo, Picasso también contemplaría su imagen en un espejo o en una fotografía antes de realizar su obra, lo que nos acerca al momento previo al inicio de la misma, y su contemplación nos mueve a plantearnos si quizás el arte no se encuentra sobrevalorado, e incluso a reflexionar acerca de, si todos pretendemos salir lo mejor posible en las fotos, incluso mejorados, si ello es posible (debate actual por el exceso de photoshop y el reflejo de una realidad inexistente), porqué Picasso optó por autorretratarse haciendo hincapié precisamente en su decrepitud física. Lo que no podremos conocer nunca es lo que el artista siente realmente al contemplarse frente al espejo o frente a una fotografía reciente. Él, que había sido el “macho” por excelencia, tras una intensa y larga vida, sufre los estragos del paso del tiempo y siente que el final

se acerca, y ello con independencia del resultado final de la obra, que ha sido estudiada e interpretada por innumerables especialistas y desde todos los puntos de vista.

Por otra parte, el espejo, con nuestra imagen reflejada junto a la obra picassiana, aunque sea efímeramente, se convierte en artefacto, en objeto museístico, obligándonos a reflexionar acerca del mercado del arte, sus excesos y la conversión del mismo en simple inversión financiera. Y con ello, a aborrecer un mundo como el actual, regido por la implacable ley de la oferta y la demanda, un mundo cruel y deshumanizado que, a la vez que permite que nuestro Mediterráneo se convierta en cementerio de miles de almas, abona cantidades millonarias por poseer la firma de un artista sobre un lienzo manchado.